

¿POR QUÉ EL SUFRIMIENTO DE JESÚS? ¿POR QUÉ EL NUESTRO? ¿Y SU RESURRECCIÓN? ¿NOS SALVA?

Crónica de un proseminario

RESUMEN

En esta Crónica se presenta una relectura sobre la experiencia vivida durante el desarrollo de un proseminario con ocho alumnos de cuarto año del bachillerato en la Facultad de Teología y algunos de sus resultados. El marco del estudio fue la cristología contemporánea. Se profundizó mediante cuatro preguntas: ¿por qué el sufrimiento de Jesús?, ¿por qué el nuestro?, ¿y su resurrección?, ¿nos salva?, y en general, en torno al papel salvífico de la muerte y la resurrección de Jesús.

Palabras clave: Cristo, salvación, sufrimiento de Jesús, resurrección, cristología contemporánea.

ABSTRACT

This Chronicle presents a reading of the experience and some of its results made during the development of a seminary with eight students in their fourth year of graduate studies in the Faculty of Theology. The study was part of the course on contemporary Christology. The course sought to deepen the knowledge of the salvific role of the death and resurrection of Jesus through four questions: Why the suffering of Jesus?, Why ours? What about his resurrection? Are we saved?

Key Words: Christ, Salvation, Suffering of Jesus, Resurrection, Contemporary Christology.

1. El punto de partida fue una inquietud pastoral y existencial. Estas preguntas rondan continuamente nuestros planteos apostolado, dados y recibidos, y el propio corazón.

Para tener un marco de referencia que nos iniciara en el tema, tomamos una visión de conjunto de los conceptos cristológicos que expresan la mediación redentora de Jesucristo. Lo hicimos desde las propuestas de Bernard Sesboüé,¹ y con un cuadro que engloba cada uno de esos conceptos y su significado.

2. El itinerario. Después de introducirnos en el tema de la redención, a partir de esas categorías teológicas, empezamos a estudiar los autores que se habían elegido.

Como cada año, partimos de dos autores que considero forman parte de la estructura básica de la cristología contemporánea: Rahner y Balthasar. Los alumnos emprendieron con ánimo, con bastante dificultad y con éxitos desiguales estas lecturas, que sin embargo a todos nos fueron útiles. La aridez de los textos se alivianó con los diálogos en clase, que enriquecieron no solo la comprensión sino también la profundización y la relación con otros temas.

De Rahner leímos la “Teología de la muerte y la resurrección de Jesús”, en el grado sexto del *Curso fundamental sobre la fe*. Rahner supuso un contacto iniciador en esta teología que dialoga con la filosofía “moderna”, sobre todo con el humanismo. Vimos también el interés de rescatar el valor soteriológico de la resurrección, y a la teología cristiana como una teología “no de muertos sino de vivos”. Además, en cuanto a la causalidad de la salvación, la resurrección es la base indispensable para poder otorgar a la muerte un valor de salvación. Juntas la vida, muerte y resurrección de Jesús “ejercen una causalidad quasi sacramental, simbólico real de la salvación”. Expresión que no es fácil de comprender o precisar, pero que conecta con otro tema del pensamiento contemporáneo: el dinamismo real y causal de los símbolos e imágenes, y/o el espesor ontológico que tiene todo lo que el ser humano –o Dios– hace, representa o dice sin palabras.

De Balthasar vimos “El peso de la cruz”, capítulo 5 de la parte I *Verbum caro factum*, de *Gloria I*. Percibimos, en el autor, su discurso que no elude sino que más bien enfatiza la paradoja, “los choques”, en el despliegue del plan salvífico de Dios. Un primer gozne de este pensamiento es el misterio y la realidad del *amor*, concepto usado no sólo como cuestión

¹ BERNARD SESBOÜÉ, Jesucristo el Único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación. Salamanca, Secretariado Trinitario, 1990.

moral sino metafísica, y que en su hondura analógica se presenta como un ineludible para pensar teológicamente. El pecado des-cubierto como realidad violenta, que va a suponer lucha, dolor, esfuerzo, victorias o derrotas. Y en el medio Jesús, que como “portador de un padecimiento tan extremo no puede ser *carne de pecado*”.

En Balthasar se nos apareció el concepto que sería el “hit de la temporada”: el descenso a los infiernos ¿Mito o realidad? Realidad vestida con el lenguaje insustituible del mito, de la imagen, del símbolo.

Este descubrimiento de un misterio casi anónimo que confesamos sin embargo cada domingo en el credo, nos animó a desenterrar algunos de sus testimonios en la tradición. Resultó particularmente elocuente la Antigua Homilía en el Gran Sábado –oficio de lecturas el Sábado Santo–. Allí se conjuga la belleza del decir con la hondura de lo afirmado.

Mientras tanto, estuvimos leyendo algunos textos literarios, de Miguel de Unamuno y Antonio Machado, que hablan del misterio de la cruz del Señor y nuestra.

De Jacques Guillet, uno de los dos autores que se habían propuesto como centrales en el proseminario, nos resultó significativo en especial –en *Jésus devant sa vie et devant sa mort*–, “la nueva alianza”, donde habla de la eucaristía y su lugar en la cristología y la misión salvífica de Jesús: el gesto que da sentido a la vida como Pascua y que el Señor entrega a los discípulos como acontecimiento inicial y consumidor del Reino y como alimento del camino, en el que “el mito ha devenido historia y la historia sacramento”. El mismo autor nos ayudó a seguir profundizando en *el descenso a los infiernos*: Jesús que fuerza las puertas del infierno es el que asegura que esas puertas ya no podrán vencer a la Iglesia (Cf. Mt 16). Analogía que encontraron los mismos alumnos.

El otro autor fue Adolphe Gesché, del que leímos el capítulo sobre “La resurrección de Jesús” en *Jesucristo (Dios para pensar, VI)*. Para esclarecer el sentido salvífico de la resurrección –y la muerte– de Jesús, el autor utiliza él también la categoría del “descenso a los infiernos”. Este misterio nos habla de la solidaridad hasta los límites e ilimitada del Señor con nosotros, la importancia del “bajar”, la salida victoriosa como éxodo definitivo de la humanidad hacia la vida. Un misterio cristológico, antropológico, eclesial y también cosmológico que a la vez marca el carácter “agónico” de la resurrección, el pecado como poder al que hay que vencer con esfuerzo.

Nuestra reflexión de estos meses también estuvo acompañada por la lectura de algunas imágenes del descenso a los infiernos, antiguas y moder-

nas, y de la vida de un *testigo* de estos misterios: el P. Carlos Mugica en el día en que se conmemoraban 35 años de su asesinato testimonial.

3. Lo que fue germinando. Sintéticamente me animo a decir que en este camino fue germinando una motivación por leer e investigar; un interés por relacionar los temas con la realidad existencial y pastoral, la discusión sobre los distintos lenguajes, algunos difíciles de comprender, de los diversos autores, y sobre todo el interés en estudiar, aportar y participar en la discusión comunitaria. Las binas “vida-muerte”, “descenso-ascenso”, “cultura teológica-cultura humana”, “lucha-victoria”, “don-tarea gravosa”, fueron marcando el itinerario.

4. La llegada. La evaluación fue continuada, en base a los trabajos hechos durante el cuatrimestre y la participación en clase. Como síntesis se les pidió a los alumnos que tomaran un “producto cultural” o una figura eclesial y la analizaran desde lo literario, lo histórico y lo teológico. Pablo Aguilar eligió algunos tramos de la versión cinematográfica de “El Señor de los Anillos” de Tolkien. Notable la analogía: “podemos ver en el personaje de Frodo una figura del Siervo doliente del Señor (Isaías) y por tanto, figura de Cristo, pues como Cristo, Frodo entra en el corazón del reino enemigo para así destruirlo”... “Lo que más pesa a Frodo no es tanto el Anillo cuanto el peso insoportable de la malicia del Ojo de Sauron, así como lo que a Cristo le pesa no es tanto la cruz material, cuanto el peso de la malicia de nuestros pecados”. Aguilar ve también tres figuras parciales de Cristo en personajes del texto: Gandalf como profeta, Frodo como sacerdote, Aragorn como rey. Pero... “ellos, como los tipos de Cristo en el Antiguo Testamento, no son divinos, no son sin pecado, pueden y cometen errores y no proveen una salvación y una victoria total y completa sobre el mal,... lo que contrasta con la salvación y la victoria que Cristo nos provee”. La obra muestra de manera notable el pecado en su dimensión estética: el mal es de-forme y feo.

Denise Artola estudió nuestro tema desde *El hombre en busca de sentido* de Viktor Frankl. Rescata sobre todo el testimonio personal del autor, y ubica en Cristo el Sentido que puede acoger el sufrimiento como camino de luz y de futuro. Aunque Frankl no habla directamente de la fe religiosa, se advierte el trasfondo trascendente de su pensamiento, y de sus implicancias psicoterapéuticas. Desde luego que desde la fe cristiana el Sentido se personaliza en Cristo que muere y resucita, y que si bien no nos quita el dolor, lo acompaña como horizonte que anima a caminar desde adelante.

Eduardo Casabal escogió la figura del Padre Mugica, como “texto vivo” que se abajó hasta los infiernos de la marginación, del dolor, de la pobreza... y murió asesinado. Como Jesús –*mutatis mutandis*– que “desciende para buscar a todos, como lo vimos en Balthasar, en Gesché y otros: un Dios vivo que se compromete con sus hijos y en otros hombres santos se sigue entregando para lograr una vida más justa.

Valeria Dirié estudió el Salmo 130 y Marcos 15,33-39, donde leemos el descenso del salmista a la angustia más profunda y el grito del Crucificado que encuentra que esa profundidad nunca estará más patentemente expresada que en el sentimiento del abandono de Dios. De la manera más misteriosa, nos enseña que “el dolor no es abandono, sino presencia divina, y solo así nos muestra al Dios de misericordia”. El centurión resulta una figura testigo de la elocuencia de este misterio. Jesús descubierto como Dios en el abismo de la derrota y el abandono.

Mónica Pereira optó por “acercarse al sufrimiento del enfermo y a su forma de procesarlo, vivirlo y compartirlo” en tres personas concretas, que han podido expresar su experiencia literariamente. Como dice una de estas, “sólo fue la cruz de Él / la que es triunfo en el tiempo/ y resurrección en desarrollo” (Héctor Cárdenas SSCC).

Agustín Rawson reflexionó el tema a partir del tango “Desencuentro” de Aníbal Troilo y Cátulo Castillo, que expresa “un desencuentro con el hermano, un desencuentro con el mundo y un desencuentro con Dios”. Relacionó cada uno de estos ámbitos con, respectivamente, una historieta de “Macanudo”, el tango “Yira, yira”, y el salmo 69. Estos textos expresan más la búsqueda y la pregunta que el encuentro y las respuestas, pero siempre está la presencia de Cristo como el gran Buscado, como el gran Acompañante.

Miriam Rodríguez presentó un ícono del s. XIV sobre el descenso a los infiernos, y lo “leyó” a la luz de textos de la Escritura del Antiguo y el Nuevo Testamento: “Mirando el ícono me parece descubrir como si el infierno fuera un profundo vientre desde donde Cristo da a luz la verdadera vida”. La solidaridad parece un concepto clave para comprender el misterio de la vida que llega a través del dolor, y aquel misterio expresa cómo en lo más profundo los vínculos no se acaban, sino que se reparan, porque “Jesús ha participado de nuestra última suerte”.

Federico Toranzo nos mostró una obra musical sobre los siete mártires Tailandeses. La lectura cristológica que hace la misma obra, y también nuestro alumno a partir de ella y de lo estudiado percibe que “el

choque entre el pecado, el mal y sus consecuencias –la ira de Dios– y su Amor insondable es puesta de manifiesta también en la vida y muerte de los mártires, cuando estos son en Cristo presentados al Padre, asumiendo el pecado desde ese amor recreador de la Gracia”. En el símbolo del Pan, don del Padre, se puede percibir la mediación descendente de Jesucristo Iluminador, Divinizador, Liberador y Justicia de Dios. En el símbolo del Cordero vemos el sacrificio, las acciones de Jesús en favor nuestro: expiación dolorosa, satisfacción y representación o “sustitución” concepto este último que discutimos oportunamente.

5. Alcances y límites. Los alcances: el mayor es la motivación, el interés despertado en los alumnos por el tema y por iniciarse en la reflexión teológica, en la lectura teológica de la cultura y en la lectura cultural de temas teológicos. Asimismo, el acceso a autores importantes y difíciles, la visión sintética de conceptos soteriológicos, la reflexión en diálogo. También, juntos, alcanzamos una mayor comprensión de “el descenso a los infiernos”, del lugar notable y casi sorprendente que ocupa en la reflexión teológica más actual y de las preguntas que despierta.

Los límites: la experiencia es sólo una iniciación, y siempre hay deseo de más. En este talante de proseminario está el peligro de sacar conclusiones “piadosas” que se salteen la reflexión teológica. Faltó tiempo para profundizar en algunas conclusiones parciales.

Entre estas, y en cuanto a los contenidos, como respuestas a las preguntas iniciales me animo a avanzar las siguientes: el amor como más fuerte que la muerte; el pecado como peso y fealdad; el abajamiento como garantía y camino para la eficacia del amor; la muerte / el dolor como precio a entregar para que la vida sea reparada, recreada. En el foco de todo esto está la persona del Señor, cuya *fuerza* radica sobre todo en la presencia, en el estar, en el acompañar, y en esto Jesús es Único, aunque siempre en-la-Trinidad, y proseguido en la Iglesia. De todas formas, queda que las respuestas pertenecen al Misterio de la Fe, y que la fuerza de las preguntas y las súplicas, aún sin respuestas claras, resultan hallazgos en esa Presencia acompañante del Señor. Ya nada es únicamente pregunta, y el Misterio es nube que rodea con Sentido.

MARÍA JOSEFINA LLACH ACI

20.07.09 / 30.08.09